



EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

REBELDES GRATUITOS, irresponsables, provocadores. De esta suerte y de cien otras maneras similares han sido calificados los estudiantes universitarios, en ocasión de su reciente movimiento contra los vicios menos tolerables y más tolerados del transporte urbano. Ello es, hasta cierto punto, explicable. Cada habitante de la ciudad de México, enemigo automático de cuanto signifique agravio a su comodidad privada, responde con hostilidad a la coacción que suspende el cumplimiento —por lo demás perfectamente legítimo— de su rutina cotidiana. No sin motivo, censura un impedimento que no entiende, que a sus ojos sólo procura trastornos y cuya naturaleza y objetivos no se detiene a considerar. Precisa enjuiciar, sin embargo, la voluntad de acudir a los epítetos familiares antes que a la ponderación inteligente.

EXCESOS LAMENTABLES, PERO...

NO NIEGO que en muchos casos —y desde luego, fuerza es reconocerlo con pena, en el presente— los estudiantes, al sentirse protegidos por su propia multitud, suelen excederse, perder de vista la indignación primitiva, y descender a la violencia pura, al mero tumulto irra-



LA FERIA DE LOS DIAS

cional. La masa es la masa, y, en cuanto tal, suscita abusivos impulsos, inconcebibles dentro de los confines de la personalidad individual; abusos que tienen que ser reprobados y lamentados. Pero ¿es una recíproca miopía la forma adecuada de apreciar las situaciones que desencadenan una protesta colectiva, sea ésta la que fuere? ¿Será la incompreensión simplista el único criterio aplicable a dicha protesta?

SERENIDAD INDISPENSABLE

NO QUISIERA prejuzgar, en tan breve espacio, de razones o sinrazones. Sencillamente me parece indispensable considerar con serenidad un problema que dista de ser superficial, y cuyos orígenes no deberían tampoco atribuirse —según es de cajón, sin un previo análisis— a la “agitación roja” o al escueto y punible desahogo insano.

COMODIDAD Y JUSTICIA

LA COMODIDAD es un valor apreciable, y apreciable es, asimismo el derecho a no sufrir trastornos en ella. Muy mayormente lo es, sin embargo, la justicia. El hecho de que varios miles de jóvenes se decidan, en espontánea tentativa, a una ostentación pública de tamañas dimensiones, lo menos que puede provocar es nuestra desapasionada reflexión. No es admisible disponer de un acontecimiento como éste con las habituales frases hechas, ni con la ira mecánica por nuestros eventuales perjuicios. ¿Qué hay en el fondo de todo esto? ¿Qué circunstancias explican el unánime malestar estudiantil? He aquí las preguntas que se imponen. Mas ellas no han de ser “resueltas” a la ligera, sino con la cabeza bien fría y la comprensión abierta.

SINTOMA O CAUSA

SI SE TRATA de un síntoma, urge, mejor que la represalia de facto, la búsqueda del mal que lo de-



termina, y de su posible remedio radical. Si de una lucha atendible, bien que exagerada en su defensa, habrá que reconocerlo así —como lo ha hecho la máxima autoridad universitaria—, llamando las cosas por sus nombres, sin eufemismos conformistas ni falsificaciones demagógicas.

FORMULAS

LO QUE NO PROCEDE es el concretarse a las usuales fuentes y fórmulas de condena inmediata: “Esa huelga es injusta, porque me molesta... y porque, siendo una huelga, va contra el orden establecido.” “Ese escándalo es injustificado, porque me fastidia... y porque es un escándalo.” “¡Deberían meter en la cárcel a esos alborotadores sin respeto para la gente pacífica!”

EL MAL HUMOR

EL DE LA JUSTICIA verdadera no es un camino fácil, y su consumación exige a menudo —si no, por supuesto, la violencia innecesaria— una comprensión generosa y la aportación de pequeños y grandes sacrificios solidarios de parte de la comunidad entera. Con el solo ciego mal humor, mis estimados lectores, nunca llegaremos a ningún sitio.

—J. G. T.

